

Antropología Experimental

<http://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae>

2021. nº 21. Texto 27: 407-419

Universidad de Jaén (España)

ISSN: 1578-4282 Depósito legal: J-154-200

DOI: <https://dx.doi.org/10.17561/rae.v21.6229>

Recibido: 18-03-2021 Admitido: 08-07-2021

Infancia y juventud en Walter Benjamin. Una tensión entre historia y narración

Absalón JIMÉNEZ

Universidad Distrital Francisco José de Caldas (Colombia)

abjimenezb@udistrital.edu.co

Childhood and youth at Walter Benjamin. A tension between history and storytelling

Resumen

La intención del presente texto es reconstruir un tramo de la infancia y la juventud de Benjamin, vista como experiencia, a través de algunos apartes de sus propias narraciones haciendo uso de su tercera tesis, *Sobre el concepto de historia* – “el pasado citable”–, y que hace parte de un registro por medio del cual se logran vislumbrar las cosas, los acontecimientos y, en este caso, las experiencias. Por lo demás, en sus textos de juventud surgen sus ideas embrionarias, que en la madurez de su vida toman cuerpo en sus conceptos de *experiencia, narración, historia y filosofía de la historia*. Creemos que el presente texto facilita la comprensión de uno de los intelectuales que marcó el pensamiento crítico, que es muy reivindicado en el actual mundo universitario.

Abstract

The intention of this text is to reconstruct a stretch of Benjamin's childhood and youth, seen as an experience, through some part from his own narratives using his third thesis, On the Concept of History – “the quotable past”– and which is part of a record through which things, events and, in this case, experiences are made a glimpse. Moreover, in his youthful texts arise his embryonic ideas, which in the maturity of his life take shape in his *concepts of experience, storytelling, history and philosophy of history*. We believe that this text facilitates the understanding of one of the intellectuals who marked critical thinking, which is highly vindicated in today's university world.

Palabras clave

Infancia. Juventud. Experiencia. Historia. Narración

Childhood. Youth. Experience. History. Narration

“Cada piedra que hallaba, como cada flor que recogía y cada mariposa que atrapaba, era el comienzo de una colección, de manera que cuánto poseía iba formando para mí una sola. Vaciarla destruiría un edificio lleno de castañas puntiagudas que eran luceros del alba, papel de estaño que era plata atesorada, cubos de madera que en realidad eran ataúdes, cactus que eran tótems y monedas de cobre por escudos. Todas las propiedades de mi infancia iban creciendo así, y se disfrazaban en cajones, en cajas y anaqueles” (Benjamin, 2011: 74). *Infancia en Berlín hacia el 1900*.

“El historiador es un profeta volteado hacia atrás. Contempla su propia época en el médium de las fatalidades ya sucedidas. Con eso ciertamente, termina para él todo el sosiego de narrar” (Benjamin, 2013: 68). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*.

Introducción

Para los historiadores modernos, Walter Benjamin se convirtió en uno de los intelectuales críticos al que le debíamos rastrear la huella debido a su importante aporte como narrador y cronista de la primera mitad del siglo XX en Europa y, particularmente, en la ciudad de Berlín. La manera como desarrolla las categorías de *experiencia, narración e historia*, se convierten en un aporte no tangencial, sino consustancial a nuestra disciplina, debido a que provienen de una particular mirada de la filosofía de la historia. El interés del presente texto no sólo es reconstruir parte de su vida intelectual, para dar a conocer la manera como las experiencias –infantil y juvenil de la vida de Benjamin–, son ineludibles a la manera como desarrolla su pensamiento como un intelectual disciplinado, y algo solitario, sino cómo éstas toman cuerpo en sus particulares tesis sobre la filosofía de la historia.

El presente ensayo es una deuda que, de tiempo atrás, he establecido como historiador frente a un intelectual que ha marcado mi vida –primero, como estudiante y luego, como profesor universitario–, por medio de su particular manera de abordar la historia moderna a través del *relato corto y la narración*, espacio en el que toma cuerpo la experiencia, no sólo individual, sino también la compartida con los otros. En *la narración benjaminiana*, también se logra establecer un delgado puente entre el cronista y el historiador moderno, en un momento en que entra en crisis la épica del relato. El lector, en la mayoría de los escritos de Benjamin, encuentra en el cronista un particular diálogo entre quien escribe y quien calla, fijándonos en lo misterioso del lenguaje, pues sólo en lo inasible del relato se halla el punto de poder de la palabra y la realidad.

La infancia como categoría en el pensamiento de Benjamin

Walter Benjamin, fue un filósofo, un crítico literario, ensayista y traductor alemán de origen judío, que nació en Berlín, Alemania, en 1892 y murió el 26 de septiembre de 1940, a los 48 años en Portbou, España, a causa de un suicidio obligado por la persecución nacionalsocialista. Cuando rastreamos su vida, nos queda la imagen de un hombre *indefenso* de origen burgués, que se encuentra con el marxismo como pensamiento y que lucha como intelectual crítico contra el contexto político en el que le correspondió vivir: la irrupción del nacionalsocialismo en su país, la experiencia de la primera y el inicio de la Segunda Guerra Mundial, como también la percusión nazi.

La infancia de Walter Benjamin se vive en el interior de una familia acomodada, de origen judío, dedicada a los negocios. Su padre fue banquero en París, y cuando se traslada a Berlín, se convierte en anticuario. En sus reflexiones, recuerda con ternura los cuentos que le contaba su madre, los cuales le sirvieron como base para una de sus teorías: «*el poder de la narración y de la*

palabra sobre el cuerpo», y la reflexión sobre la relación que los cuentos establecían entre la tradición y la actualidad. En 1905, debido a su frágil salud, sus padres le enviaron a un internado en el medio rural, en Turingia. Dos años más tarde, en 1907, volvería a su casa y a su escuela en Berlín; en esta etapa de su vida vive una serie de experiencias que luego narraría en una serie de cortos relatos. De su infancia recuerda su particular experiencia lúdica con la lectura y la escritura:

“Y como esas cosas, en mi caso, fueron la lectura y la escritura, de todo cuanto me ocupó en la infancia nada despierta en mi mayor nostalgia de lo que hace mi juego de lectura. Este contenía unas tablitas provistas con cada una de las letras en escritura góticas, que parecían ser más jóvenes y más femeninas, que las letras impresas... Lo que busco en él es ella misma: *la infancia completa*, como estaba en el gesto con que la mano empujaba las letras por el listón para que fueran formando las palabras. La mano todavía puede soñar ese gesto, pero no despertarlo para así cumplirlo realmente. Puedo también soñar del mismo modo cómo aprendí a caminar, pero esto no es cosa que me sirva de mucho. Ahora sé caminar; no podré aprenderlo nunca más” (Benjamin, 2011: 48).

Sin duda, la infancia como experiencia narrativa es desarrollada por Walter Benjamin en varios de sus escritos. Pero uno de los más destacados es su libro, *Infancia en Berlín hacia el 1900*,¹ en el que narra, desde su mundo adulto –de manera algo nostálgica–, su experiencia de niño en un contexto familiar, en el que se vive el ocaso de la experiencia como narración, lo que él denominó *la crisis de la épica*, producto de los avances mismos del capitalismo, las transformaciones de la ciudad y el devenir de la tecnología.²

La infancia, vista como experiencia desde la perspectiva de Benjamin, ya había vivido las presiones de la modernidad en la primera mitad del siglo XX, la cual, reivindicada por los adultos, era gritada a las nuevas generaciones como sinónimo de impedimento: “¡Jamás encontrarás la verdad –gritan los adultos a quienes la buscan–: lo sé por experiencia!” (Benjamin, 1993: 95). De hecho, es en la narración en la que encontramos un espacio de encuentro y de tensión entre el mundo adulto y el mundo infantil. En uno de sus textos nos cuenta que

“Una noche, cuando estaba ya acostado, apareció mi padre, probablemente para decirme buenas noches. Creo que entonces contra su voluntad, empecé a relatarme la noticia de la muerte de un primo, un hombre ya mayor que no tenía nada que ver conmigo. Sin embargo, mi padre me lo contó con todos los detalles. Le pregunté qué era un infarto y me lo contó prolijamente. No comprendí mucho. Pero, esa noche, mi cuarto y mi cama se grabaron por siempre en mi memoria, como te fijas algún lugar al que algún día tienes que volver para recoger algo olvidado. Muchos años después sabría que mi padre, en aquella habitación,

¹ En el verano de 1932, Walter Benjamin redacta una serie de recuerdos del tiempo de infancia berlinesa. A fines de ese año, ya disponía del número suficiente de textos para formar un libro, de modo que buscó una editora y no tuvo éxito. En los años siguientes, Benjamin, fue poco a poco publicando en diversos periodicos y revistas, muchos de los textos ya escritos. Además, preparó nuevas versiones del libro completo, pero sin lograr nunca publicarlo. Por ello, la primera edición del libro, *Infancia en Berlín*, se realizará póstumamente. La lleva a cabo Theodor Adorno, en 1950. De este libro existen varias ediciones, con pequeñas variaciones en cuanto a la inclusión o no de determinados artículos, de acuerdo a la versión original que poseía Benjamin en 1938. En este libro, se tiene en cuenta la edición: Benjamin, W. (2011). *Infancia en Berlín hacia el mil novecientos*. Madrid: Abada Editores.

² Por lo demás, Giorgio Agamben, tomado de la mano de Walter Benjamin, relaciona la etapa primogénita de la experiencia infantil con la ciencia. De tal manera, la ciencia moderna nace de una desconfianza sin precedentes en relación a la experiencia. El sujeto de la ciencia se separa del sentido común y se constituye en un sujeto cartesiano, que como dueño de la razón no es más que el sujeto del verbo. La transformación de este sujeto no dejó de alterar la experiencia tradicional. La conciencia, el nuevo sujeto absoluto, es en esencia, un camino hacia la ciencia, una experiencia que ya es ciencia por sí misma. Ver, Agamben, G. (2007, p. 42). *Infancia e historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

me había escondido algo: la muerte de su primo fue de sífilis” (Benjamin, 2011: 27).

Como se puede comprobar en sus textos, es en la narración familiar que se viven las primeras tensiones con el pasado. En este tipo de tensión, *el narrador* como “médium”, organiza un relato independiente de su veracidad para proteger, en esta ocasión, desde una perspectiva paternal, la inocencia infantil que luego se siente engañada; observamos también cómo en la crónica, se pueden reconstruir experiencias de manera constante, siendo el narrador quien establece el punto de tensión y desenlace de la experiencia. En otra de sus narraciones, entre los años de formación de colegio, vividos por él entre 1902 y 1912, nos da a conocer su particular relación con la escuela y su pupitre:

“El médico descubrió que yo era miope. Así, me prescribió no tan sólo unas gafas, sino también un pupitre. Uno construido con ingenio. Se movía el asiento para estar o más cerca o más lejos del tablero, que caía inclinado y se utilizaba para escribir; en el respaldo había un travesaño que ofrecía su apoyo a la espalda, por no hablar de un estante para libros que coronaba el conjunto y era móvil. El pupitre junto a la ventana se fue volviendo muy rápidamente mi lugar preferido. El pequeño depósito escondido debajo del asiento contenía no sólo los libros que necesitaba en el colegio, sino el álbum de sellos y mis tres álbumes de mi colección de tarjetas postales... De este modo, a menudo, lo primero que hacía al volver al colegio era celebrar mi reencuentro con mi pupitre convirtiéndolo así en escenario de mis ocupaciones predilectas: las calcomanías, por ejemplo” (Benjamin, 2011: 66).

Así mismo, aborda la relación que los niños establecen con los juguetes y el juego, como experiencia. El juego es pensado por Benjamin como una parte consustancial de todo hábito; así, comer, dormir, vestirse, lavarse, tienen que inculcarse al pequeño en forma de juego. El hábito ingresa a la vida en forma de juego, y éste aún en sus formas más rígidas perdura hasta el final de nuestras vidas.

En su intento por hacer una genealogía de los juguetes, por ejemplo, la relación que existe entre el aro y el palo, peonza y látigo, pelota y paleta, acompañado del magnetismo originado entre ambas partes, evidencia que los juguetes representan un elemento que influencia el mundo infantil. Los adultos facilitan a los niños juguetes con diversas intenciones:

“Desde los tiempos más remotos el sonajero o maraca ha sido un instrumento para ahuyentar a los malos espíritus y, precisamente, por eso se lo han dado al recién nacido” (Benjamin, 1974: 75).

En otra de sus reflexiones y recuerdos, Benjamin da a conocer la particular relación que los niños establecen con los objetos –de hecho, desde niño fue un coleccionista de cosas pequeñas–; el mundo está lleno de objetos incomparables para la atención de los niños. En sus palabras:

“Los niños tienden de manera muy especial a acudir a todo lugar de trabajo donde visiblemente se manejen cosas. Se sienten irresistiblemente atraídos por los desechos de la edificación, en la huerta o en la casa, de la confección de vestidos o de muebles” (Benjamin, 1974: 82).

Para Benjamin, los niños construyen su mundo objetual, un mundo pequeño dentro del grande. En el acto de coleccionar, el coleccionista queda asemejado al niño y la experiencia de coleccionar es una forma como los niños se apropian, entre otras cosas, de los libros en la primera mitad del siglo XX.

“De esta forma, en el pensamiento de Benjamin, hay una semejanza entre el vínculo que entabla el niño con los objetos y el vínculo que entabla con ellos el coleccionista; hay algo en la forma en que estas dos figuras miran (y se deja ser mirado por) los objetos que es primordial para producir experiencia” (Peller, 2010).

También, los niños establecen una particular relación con su casa, sus corredores, al esconderse bajo la mesa del comedor, detrás de las cortinas y las puertas. Lugares en los que usualmente los niños viven una serie de experiencias profundas y que, luego, Benjamin no dejaría escapar en sus narraciones y que rememora en su rica crónica que, desde 1932, ya de adulto, publicó a manera de pequeños artículos en diferentes diarios y periódicos. Así, para “Benjamin la experiencia infantil es el antecedente directo de *la experiencia profunda* dotada de redención” (Peller, 2010).

La experiencia infantil también es consustancial a la relación que los niños tienen con los objetos –el teléfono–, por ejemplo, que él ve como su hermano gemelo y que se termina imponiendo con el tiempo; así, de estar en la parte de atrás del pasillo, superó la humillación de los primeros tiempos y se volvió luego en el consuelo de la soledad. Es sus palabras, Benjamin recuerda que:

“Pocos usuarios actuales saben que la aparición de aquel teléfono de repente fue devastadora. El ruido con que el teléfono sonaba entre las dos y cuatro, cuando un compañero de colegio quería hablar conmigo, equivalía a una señal de alarma, la cual no perturbaba solamente la siesta de mis padres, sino también *la época de la historia* en cuyo seno ellos descansaban” (Benjamin, 2011: 14).

Un elemento clave en la narración de Benjamin, es la importancia del *relato corto*, siendo éste un aspecto que lo caracterizó como buen narrador y cronista. De tal manera, sus crónicas y narraciones sobre infancia, en realidad son una suma importante de pequeños relatos, algunos de ellos complejos de entender en una sociedad y una ciudad que vivía las profundas y aceleradas transformaciones que generó el capitalismo a inicios del siglo XX, en Europa y, particularmente, en la ciudad de Berlín.

Así, nos habla de la ciudad, no sólo en la experiencia de los recorridos callejeros, sino cuando nos narra la relación con su abuela, la gran dimensión de su casa, los sonidos de infancia, los colores, la escuela, etc. En uno de los apartes de la *Infancia en Berlín hacia 1900*, nos comenta lo siguiente, con relación a la ciudad:

“La vida trata durante mucho tiempo al recuerdo aún tierno de *la infancia* al igual que una madre que coloca contra en su pecho al recién nacido, pero sin por ello despertarlo. Nada fortaleció más mi recuerdo que la contemplación de aquellos patios, de cuyas oscuras galerías una que en verano estaba siempre a la sombra de un toldo era para mí como la cuna en que la ciudad puso al nuevo ciudadano” (Benjamin, 2011: 85).

Así mismo, en otra de sus crónicas, da a conocer su lejana relación con la pobreza:

“Para los niños ricos de mi edad, los pobres existían en forma de mendigos. Y mi conocimiento avanzó mucho al ver brillar un día la pobreza en la afrenta del trabajo mal pagado” (Benjamin, 2011: 76).

Inspirado en la literatura, ante todo en un poema de Hugo von Hofmannsthal, *la infancia* para Benjamin no debía ser negada en la edad adulta, porque en esa experiencia encontramos la franqueza y la cordialidad que más tarde también tendrán los adultos, veinte años después. Las consideraciones en la *Infancia en Berlín hacia 1900*, enlazan con la idea de que el futuro permanece encapsulado en nuestro pasado, anunciando de manera profética el desenlace de la vida adulta.

También, apoyado en el nihilismo de Franz Kafka, definiría a la infancia como una parte de la felicidad perdida –irrecuperable–, pero que se encuentra activa y presente en sus escritos. Así, en un homenaje a la obra de Kafka, diez años después de su muerte, Benjamin, en 1934 escribe que Kafka es como el joven que partió para conocer el miedo. Ha llegado al palacio de Potemkin, pero al final en los agujeros de sus cantinas, ha dado con Josefina, la ratoncita que canta, cuya melodía describe así:

“Hay en ella algo de la pobre, *breve infancia*, algo de la felicidad perdida y para siempre irrecuperable, pero también haya algo de la vida activa y presente, de su pequeña, inexplicable y, sin embargo, constante e irreprimible alegría” (Benjamin, 2001: 59).

De tal manera, Benjamin no habla sobre la infancia, sino desde ella, describiendo sus paseos por las calles de Berlín, sus primeras experiencias, en las que el tiempo y el espacio eran vividos desde la singularidad del presente. En este sentido,

“El concepto de experiencia en el pensamiento de Benjamin no se ubica en un solo texto, sino que más bien se sumerge en imágenes, relatos, pensamientos y estilos diferentes” (Vignale, 2009).

Así mismo, la categoría de *experiencia* es producto de su relación de niño y, luego, de joven, con su familia, la escuela, la ciudad, pero también de su relación con la poesía y la literatura. En algún momento, la experiencia la vincula de modo intrínseco al lenguaje, de manera que, en varios de sus escritos, *experiencia*, *infancia* y *lenguaje*, parecen intrincarse en su pensamiento.

En este último aparte, podemos decir también que *la narración en realidad es la que recoge la experiencia*, no sólo la propia –la del individuo que narra su vivencia–, sino la de quienes terminan siendo incluidos en el relato. Como lo vamos a ver a continuación, la narración tiene una impronta propia, termina siendo marcada de manera indeleble por ese individuo denominado por él como el *narrador*. Benjamin, como narrador, asumió la infancia como experiencia, no sólo individual, sino como una experiencia que compromete a los demás para darnos a conocer las transformaciones vividas en *la ciudad de Berlín hacia mil novecientos*.

La juventud como narración

Entre 1912 y 1916, en la juventud, es que Walter Benjamin se descubre como filósofo, cronista y narrador. Durante este tiempo, comienza a dar conocer una serie de ensayos que marcarían su vida intelectual y que llamarían una especial atención en el mundo académico de la ciudad de Berlín. Lo anterior, en momentos en que se comienzan a vivir las secuelas de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), viéndose la juventud afectada por un discurso bélico, de carácter nacionalista, que los arrastraba a la confrontación.

Frente a esta coyuntura, producto de sus vivencias de época, opta por una posición pacifista, antinacionalista, en contra del sionismo e inclusive, en algún momento se define como apolítico. Por lo demás, su posición pacifista trajo como consecuencia su distanciamiento con uno de sus primeros profesores de filosofía, Gustav Wyneken, quien en un texto que tituló “La guerra y la juventud”, dio no sólo a conocer su adhesión a la contienda, sino también alentó a los jóvenes a secundarla.

Para Benjamin, desde sus idearios pedagógicos y educativos, se debía tener en cuenta la particularidad de cada individuo –de cada estudiante–, sin realizar lecturas abstractas y genéricas. En sus ensayos de juventud, hace referencia al proceso de secularización vivido en la modernidad, sus críticas y escepticismo a la noción de *progreso* que nos vendía la historia universal.

Además, nos da a conocer cómo la Ilustración, desde finales del siglo XVIII, levantó el velo encubridor de la religión sobre la realidad y el pensamiento para enfrentarnos con la miseria del mundo. Desde su perspectiva, los ideales de la Ilustración, acompañados del uso de la razón kantiana, aún no se habían llegado a realizar en las primeras décadas del siglo XX.

De su juventud, como experiencia, vale la pena resaltar al menos dos temas centrales que lo harían incursionar rápidamente en el mundo académico: la *enseñanza de la moral*, desde una perspectiva kantiana, y su concepto de *movimiento y cultura juvenil*.

En primer lugar, en un ensayo dado a conocer en 1913, cuando aborda “la enseñanza de la moral”, nos aclara que esta actividad es fomentada en la modernidad porque se le considera necesaria. De tal manera, si se fomenta la enseñanza de la moral, en la escuela, por ejemplo, es preciso analizarla teóricamente. La educación moral no tenía un fundamento claro, de ahí su debilidad. La ley moral es la norma del obrar, no su contenido; no es posible nada en el mundo, ni fuera de él, que pueda considerarse sin restricción, como lo *bueno*, excepto la buena voluntad. La anterior situación demandaba un particular estudio a las ideas de Immanuel Kant (1724-1804), quien distingue entre moralidad y legalidad. Para Benjamin:

“La meta de la educación moral es *la voluntad ética* y, sin embargo, no hay nada más indescifrable que esa voluntad ética, puesto que, como tal, no constituye una dimensión psicológica tratable con determinados medios, entre ellos, los religiosos y escolares. Ninguna influencia empírica nos da la garantía de tener realmente repercusión en la voluntad ética de las personas” (Benjamin, 1974: 11).

La meta de la educación moral es la construcción de *una voluntad moral*, la cual, hasta inicios del siglo XX, se lograba a través de la religión, aspecto que es cuestionado por Benjamin. Así, en momentos en que aún no había llegado a plenitud las ideas de la Ilustración a la sociedad moderna, no se podría lograr la independencia entre moralidad y religiosidad.

Desde su perspectiva, la educación moral debía ser concebida como un todo, pero carente de unidad sistémica en cuanto a sus partes. La educación moral había sido garantizada por la religiosidad y la contemplación religiosa. No obstante, la formación ética moderna debía estar determinada por la formación moral kantiana, la cual, como principio, se encuentra por fuera de la esfera de la religión.

“Pero lo importante no es aprehender el material, informativo desde lo exterior, a través de la tendencia de la enseñanza ética, sino captar la historia de ese material, del espíritu objetivo en sí. En este sentido, hemos de esperar que la enseñanza de la moral constituya la transición hacia *una nueva didáctica de la historia* en la cual también el presente ha de encontrar el lugar histórico cultural que le corresponde” (Benjamin, 1974: 16).

Así, para que algo sea considerado moralmente bueno, no es suficiente que esté de acuerdo con la ley ética: es preciso que se haga por amor a ella. El gran escollo de la moral es lograr en el individuo la voluntad pura en la construcción de la libertad. La enseñanza de la moral debía convertirse en algo universal y necesario, en donde la historia del hombre podría trascender el dilema judeocristiano en la reflexión de la moral. De tal manera, si la enseñanza es el medio racionalizado de educación, para Benjamin, esta actividad de manera paulatina, deslindaría la enseñanza de la moral por fuera de la religión.

En segundo lugar, desde su perspectiva, *el movimiento juvenil* debía tener un carácter más espiritual que político, acompañado de un compromiso con la cultura; un compromiso con el desarrollo progresivo de la humanidad. Como joven intelectual, abordó diversas lecturas, entre ellas, las de Kant, Tolstoi, Kafka y Nietzsche, entre otros. En torno a esto, Ana Lucas Hernández,³ una de sus biógrafas, dice que,

³ Una lectura de la experiencia juvenil de Benjamin la realiza la investigadora Ana Lucas Hernández, en la introducción del libro de Walter Benjamin (1993), *La metafísica de la juventud*. Barcelona: Paidós. En dicho texto se recoge la producción filosófica más destacada de Benjamin, entre 1912 y 1916, como también su experiencia juvenil, la vida nocturna, su relación con el silencio en el relato, el papel de la prostituta como custodia de la nocturnidad, su papel como oyente por excelencia, salvando la conversación a base de sustraerla a la mezquindad.

“Con este bagaje Benjamin, reelabora en un principio, una filosofía para jóvenes que se basa en la adquisición de valores espíritu-culturales, en la defensa sólida de la formación intelectual y creativa, en la necesidad de una reforma de la enseñanza y en el ejercicio de una moral de talante kantiano. Sus teorías, en tanto, encuadradas en esta corriente reformadora, pretenden ir más allá de lo estrictamente escolar y académico, dirigiéndose a la constitución de una cultura de la juventud en la cual participaron otros jóvenes de su generación” (Benjamin, 1993: 110).

Benjamin, en varios sus ensayos de juventud, crítica la rutina, fruto de la desilusión en la que se encuentra imbuida el mundo adulto. Así, hay dos tipos de experiencia: *la experiencia rutinaria*, propia del mundo adulto, y *la experiencia profunda*, propia de los jóvenes, entregada a la lucha y al esfuerzo para alcanzar en la vida la realización de lo que son los ideales juveniles.

Por lo demás, varios de sus ensayos de juventud se encuentran en un estado embrionario, constituyéndose en la base de posteriores apuestas académicas en su madurez, encontrándose una coherencia teórica en sus escritos. Para Ana Lucas (1993), en esta etapa de su vida,

“Benjamin convierte el diálogo en una herramienta crítica que propicia el desacuerdo, siembra la duda y fomenta el silencio; también posibilita una interesante polémica al poner de manifiesto la dualidad existente entre moral social y moral individual, llegando a argumentar que la primera no tiene por qué determinar a la segunda; finalmente, en un intento de paliar el dogmatismo del socialismo convencional, en el cual la desmedida intervención del Estado convierte a aquella en una nueva religión y al individuo en una mera marioneta, acuña la expresión socialismo individualista” (Lucas, 1993: 15).

En lo que respecta a su concepto de *movimiento juvenil*, en “la metafísica de la juventud”, hay una reivindicación profunda por su carácter espiritual y cultural, reclamando, en la primera mitad del siglo XX, el individualismo como un valor universal moderno. En otras de sus reflexiones juveniles, nos aclara que el contenido de una *conversación* es reconocimiento del pasado, como si fuera nuestra juventud y nuestra vejez ante el campo de ruinas de nuestro espíritu:

“Jamás hemos llegado a ver el campo de esta silenciosa batalla que enfrenta al yo con el padre. Sólo notamos lo que hemos destrozado y levantado sin saber. La conversación es la lamentación de una grandeza perdida... El que habla se introduce en el que escucha. El silencio se alumbraba también en la conversación misma. Todos los grandes tienen sólo una conversación, en cuyos límites espera la grandeza el silencio. En el silencio el ánimo se transforma: el oyente lleva la conversación hasta el límite del lenguaje, mientras que el hablante crea el silencio de un lenguaje nuevo y se convierte en su primer oyente” (Benjamin, 1993: 100).

La experiencia juvenil de Benjamin lo harían vislumbrar un futuro caótico y también incierto para la humanidad. La modernidad había vivido su apogeo desde el siglo XVIII —*El siglo de las luces*—, y había llegado a su ocaso en las primeras décadas del siglo XX, particularmente, en el periodo de entre guerras de las dos conflagraciones mundiales que afectarían tanto a Europa.

La crisis de *la narración* como una *crisis épica* en el relato, es lo que Benjamin evidencia en este triste periodo de la historia, como también, *la experiencia* termina siendo amenazada por los afanes propios de la modernidad y la guerra. Para Benjamin, la Primera Guerra Mundial enmudece la experiencia:

“Quienes retornaban de ella volvían enmudecidos; todo lo que se escribió en torno a la guerra como acontecimiento nada tenía que ver con lo que se transmitía de boca en boca, la cual era la fuente, que por excelencia servía a todos los narradores” (Benjamin, 1991: 112).

En efecto, es en la juventud que Benjamin desarrolla su pensamiento filosófico y político cargado de desconfianza. Desde su perspectiva, la historia es —en sentido estricto—, *una imagen* surgida de la remembranza involuntaria; *una imagen* que se le enfoca súbitamente al sujeto de la historia en el instante de peligro. La capacidad del historiador depende de la agudeza de su conciencia para percibir la crisis en que el sujeto de la historia ha entrado en un momento dado.

También, en su juventud, dio a conocer una fuerte *crítica al historicismo acompañado de la historia universal*, cuestionando de paso el concepto de progreso que ésta nos ofrecía. Con base en el marxismo, reivindica un tipo de historia desde abajo, que rescate a los oprimidos, aquella parte de la humanidad que había sido olvidada por la propuesta historicista en boga. Desde su propuesta —conceptual y metodológica—, reivindica un principio constructivo de la historia con base en las categorías de *experiencia, narración, acompañado una nueva filosofía de la historia*.

La tensión entre historia y narración

Para Walter Benjamin hay una relación directa entre historia y narración, como también entre experiencia y crónica. Desde su perspectiva, *el cronista* es el narrador de la historia; todo aquel que escucha una historia está en compañía de *un narrador*, incluso el que lee, participa de esa compañía. En sus reflexiones adultas, nos aclararía que la curiosidad por el hecho, es lo que atrae al escritor, siendo esta misma curiosidad la que debe atraer al lector. En el fondo, Benjamin, más que un historiador es un cronista, *un narrador*, de la primera mitad del siglo XX. Lo que oralmente puede transmitir un narrador es el verdadero *patrimonio de la épica*; y precisamente este elemento es lo que distingue a la crónica de la novela o el libro moderno. En sus reflexiones nos aclara:

“El cronista que hace la relación de los acontecimientos sin distinguir entre los grandes y los pequeños, responde con ello a la verdad de que nada de lo que tuvo lugar alguna vez debe darse por pedido para la historia” (Benjamin, 2013: 20).

Así mismo, un rasgo característico del narrador es una orientación hacia lo práctico y, por qué no decirlo, artesanal de su tarea. La narración tiene como principal fuente, la experiencia humana:

“El narrador, toma lo que narra de *la experiencia*; la suya propia o la transmitida. Y la torna a la vez, en experiencia de aquellos que escuchan su historia” (Benjamin, 1991: 115).

La narración, tal como brotó lentamente en el círculo del artesanado —el campesino, el marítimo y, posteriormente, también el urbano—, es de por sí la forma similarmente artesanal de la comunicación. No obstante, el arte de narrar, para inicios del siglo XX, se aproxima a su fin en Europa, porque el aspecto *épico de la verdad*; es decir, la sabiduría, se está extinguiendo. En este sentido, en el mundo moderno somos pobres en historias memorables; nada de lo que acontece beneficia la narración. En sus palabras:

“La relación del narrador con su materia prima, *la vida humana*, no es de por sí una relación artesanal. Si su tarea consiste, precisamente, en elaborar las materias primas de la experiencia, de forma sólida, útil y única. El narrador sabe consejos porque le está dado recurrir a toda su vida, una vida que no sólo incorpora su propia experiencia sino la de los demás” (Benjamin, 1991: 126).

Por lo demás, de manera complementaria a sus reflexiones sobre la narración, su pensamiento histórico se desprende de su condición judío-alemana. Desde el inicio en sus reflexiones, hay una visión mesiánica, como también una europea. En Walter Benjamin, la identidad nómada judía se contrapone con la identidad europea conquistada por su familia en el Berlín de 1900. Así, una parte de la cultura occidental, ve el *utopismo* como una posibilidad, y la cultura judía el mesianismo como manera de esperar un futuro mejor. En palabras del investigador latinoamericano, Bolívar Echeverría:

“El primero, el utopista, que provendría tal vez de los pueblos atados a un territorio, ve en lo que está allí, en lo actual o establecido, una versión disminuida de otra cosa que, sin estar allí, podría estarlo. El segundo, el mesianismo, que viene seguramente de los pueblos nómadas, ve en lo que está allí en lo actual o efectivo, la porción de pérdida que algún día o en alguna otra parte habrá de recobrase” (Echevarría, 2010: 17)⁴.

El texto de Benjamin, *Sobre el concepto de historia*, en el que se encuentran sus *diecinueve tesis sobre la historia*, se constituye de vital importancia en la parte final de la presente reflexión. Por lo demás, es un documento sin acabar; es un borrador compuesto de diferentes reflexiones —elaboradas entre fines de 1939 y comienzos de 1940—, y que fueron publicadas en la ciudad de Los Ángeles en 1942. En general, todas *las tesis* se articularán a partir de la oposición entre “materialismo histórico” e “historicismo”. Para Benjamin, el historiador es un “profeta que mira hacia atrás”, y la historia debe ser contada desde la perspectiva de los vencidos, no de los vencedores.

En dichas reflexiones, se evidencia que, para este intelectual, la revolución comunista que surge con el pensamiento marxista desde mediados del siglo XIX y toma cuerpo en las primeras décadas del siglo XX, había sido un intento fracasado. También, en sus reflexiones —en la tesis uno—, además de reconocer el carácter mesiánico del marxismo, evidencia que el pasado lleva algo oculto que no deja de remitirlo a la redención. No obstante, la anterior crítica, reivindica como compromiso político del historiador —en su sexta tesis—, lo siguiente:

“Encender en el pasado la chispa de la esperanza es un don que sólo se encuentra en aquel historiador que está compenetrado con esto. Tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo, si este vence. Y este enemigo no ha cesado de vencer... Articular históricamente el pasado no significa conocerlo, tal como verdaderamente fue. Significa apoderarse de un recuerdo tal como este relumbra en un instante de peligro” (Benjamin, 2013: 22).

Para Benjamin, en el momento que nace una obra de arte se presenta una ruptura en el tiempo. El cuadro *Angelus Novus*, de Paul Klee —que es adquirido por él y que bautizó como *El ángel de la historia*—, nos da a conocer la mirada pesimista del devenir y del concepto de progreso moderno. Cuando analiza este cuadro —en la tesis nueve—, sobre el concepto de historia, nos expresa:

“Su rostro está vuelto hacia el pasado. En lo que a nosotros parece como una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única, que arroja a sus pies ruina sobre ruina, amontonándola sin cesar. El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destruido. Pero un huracán sopla desde el paraíso y se arremolina en sus alas, y es tan fuerte que el ángel ya no puede

⁴ Estas palabras escritas por el filósofo latinoamericano, Bolívar Echevarría, se dan a conocer en 2010, en momentos en que la editorial colombiana *Desde Abajo*, publica el libro de Walter Benjamin, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos* (consultar introducción, p. 17). Dicho libro, es de vital importancia para establecer las tensiones en el pensamiento de Benjamin entre experiencia, narración e historia.

plegarlas. Este huracán los arrastra irresistiblemente hacia el futuro el cual vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas crece ante él hasta el cielo. Este huracán es lo que nosotros llamamos progreso” (Benjamin, 2013: 24).

Benjamin invierte el materialismo histórico de Marx —ante todo en su novena tesis—, centrado en presagiar un futuro revolucionario, para afirmar que la verdadera tarea del materialismo histórico debe ser la de “salvar el pasado”. El escepticismo con el que abordaba la historia en su vida madura, en buena medida era el producto del nihilismo kafkiano y, ante todo, del pensamiento judío, el cual les prohibía investigar el futuro. Hay una relación directa entre historia y narración, como también entre experiencia y crónica. *En sus reflexiones*, evidencia que el pasado lleva algo oculto, que no deja de remitirlo a la redención.

De tal manera, la crítica a la idea de progreso tendrá una gran influencia posterior, sobre todo en la Escuela de Frankfurt, fundamental para la comprensión que los miembros de esta escuela le hicieron al fascismo como una consecuencia nefasta de la modernidad. También, de Benjamin rescatan la crítica al historicismo, a la idea de historia universal, acompañado de su concepto de progreso, como también la reivindicación del individualismo como un valor moderno, que debía ser pensado no sólo en términos filosófico, sino también políticos. Las anteriores tesis se mantienen vigentes aún hoy día, en el mundo contemporáneo.



Dibujo *Angelus Novus*, de Paul Klee, 1920 (colección del Museo de Israel, Jerusalén).

Consideraciones finales

Como lo observamos, la infancia para Benjamin no debía ser negada en la edad adulta; dicha experiencia, desde su perspectiva, ya había vivido las presiones de la modernidad en la primera mitad del siglo XX. Por lo demás, las consideraciones en *Infancia en Berlín hacia 1900*, enlazan con la idea de que el futuro permanece encapsulado en nuestro pasado, anunciando de manera profética el desenlace de la vida adulta. Al hablarnos desde la infancia, ésta hace parte de una felicidad perdida —irrecuperable—, pero que se encuentra activa y presente en sus escritos.

En varios de sus escritos, *infancia, experiencia y lenguaje*, parecen intrincarse en su pensamiento y reflexiones. El origen de la teoría de experiencia de Benjamin, surge de su experiencia

infantil y, de hecho, se apoya en sus recuerdos y en los textos sobre su infancia para sacar adelante sus teorías filosóficas. Así, en realidad son los recuerdos —ante todo de infancia—, los que están en el origen de su categoría de *experiencia*. Sus procedimientos de trabajo no se pueden apartar de sus experiencias —tanto infantiles como juveniles—, acompañadas de sus reflexiones y conceptualizaciones.

Desde inicios del siglo XX, reivindica el individualismo como valor y cuestiona la idea de progreso que nos ofrece la modernidad; en tal sentido, desde sus idearios pedagógicos y educativos, se debía tener en cuenta la particularidad de cada estudiante. Así, el movimiento juvenil debía tener un carácter más espiritual que político, acompañado de un compromiso con la cultura, lo que traía como consecuencia romper con las capillas políticas de izquierda. De este modo, *la experiencia profunda*, propia de los jóvenes, entregada a la lucha y al esfuerzo para alcanzar en la vida la realización de lo que son los ideales juveniles, debía resolverse en el escenario cultural. En su crítica a los escritores de izquierda, da a conocer que:

“Su función consiste en crear, en lo político, camarillas, no partidos; en lo literario, modas, no escuelas; en lo económico, agentes, no productores: servidores o rutinarios, que hacen gran alarde de su pobreza y que disfrutan con el vacío que se abre ante ellos. No hay forma más cómoda de instalarse en tamaña incomodidad” (Benjamin, 2015: 27).

Por otro lado, nos aclara que:

“El talento que es propio del *buen escritor*; consiste en ofrecer a través de su estilo al pensamiento ese mismo espectáculo que un cuerpo que esté bien entrenado sin duda nos ofrece. Nunca dice más de lo pensado. Y por eso mismo su escritura no es un beneficio para él mismo, sino solamente para aquello que él quiere decir” (Benjamin, 2014: 180).

Por lo demás, en su juventud, Benjamin da a conocer una fuerte *crítica al historicismo, acompañado de la historia universal*, cuestionando de paso, el concepto de *progreso* que ésta nos ofrecía. Desde su propuesta —conceptual y metodológica—, reivindica un principio constructivo de la historia con base en las categorías de *experiencia, narración*, acompañado de *sus tesis sobre filosofía de la historia*, que vendría a terminar de madurar en 1939.

En su pensamiento, debemos rescatar la manera como desarrolla, desde un inicio, las categorías de *experiencia, narración e historia*, las cuales se constituyen en un aporte consustancial a la historia como disciplina moderna. En su propuesta, en el papel de *narrador*, se ubica un delgado puente que lo conecta con el cronista y el historiador, en momentos en que entra en *crisis la épica del relato*, en la primera mitad del siglo XX. De tal manera,

“Benjamin hace un interesante análisis entre la pobreza de experiencia, el vacío del lenguaje y el abandono del arte narrativo. Frente a la posibilidad de la narración aparece un lenguaje técnico y objetivo, distanciado de la experiencia” (Vignale, 2011).

Por lo demás, un elemento clave en *la narración*, en Benjamin, es la importancia del *relato corto*, siendo este un aspecto que lo caracterizó como buen cronista. El cronista establece un particular diálogo entre quien escribe y quien calla; también, juega con el silencio y valora la capacidad de escucha del otro. La crisis de *la narración*, como *una crisis épica* en el relato, es uno de los principales problemas que evidencia en el periodo entre guerras.

La narración termina siendo afectada no sólo por la guerra, que enmudece al individuo, sino por los afanes de la modernidad; como también, por las ideologías políticas, como el fascismo en Italia y el nacional socialismo en Alemania. Por último, en esta compleja relación entre *historia y narración*, nos aclara que la *narración* de un acontecimiento histórico, es como una cita con el

pasado, en el cual siempre hay un cambio de sentido. Así, la historia es *una imagen* que se le enfoca súbitamente al sujeto en un instante de peligro. Para Benjamin, la tarea del historiador consiste en hacer saltar el presente fuera del *continuum* del tiempo histórico a través de la narración.

Bibliografía

- Agamben, G. (2007). *Infancia e historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Benjamin, W. (1974). *Reflexiones sobre niños, juguetes, libros infantiles y educación*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Benjamin, W. (1991). *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*. Madrid: Taurus.
- Benjamin, W. (1993). *La metafísica de la juventud*. Barcelona: Paidós.
- Benjamin, W. (2001). *Ensayos escogidos*. México: Ediciones Coyoacán.
- Benjamin, W. (2011). *Infancia en Berlín hacia mil novecientos*. Madrid: Abada.
- Benjamin, W. (2013). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Bogotá: Desde Abajo.
- Benjamin, W. (2014). *Imágenes que piensan*. Madrid: Abada.
- Benjamin, W. (2015). *El autor como productor*. Madrid: Casimiro Libros.
- Vignale, S. P. (2009). "Infancia y experiencia en Walter Benjamin: jugar a ser otro". En: *Childhood & philosophy*, Rio de Janeiro, Vol. 5, núm. 9.
- Vignale, S. P. (2011). "Experiencia y narratividad en Walter Benjamín". En: *Páginas de Filosofía*, Año XII, núm. 15.
- Peller, M. (2010). "Un recuerdo de infancia. Juego, experiencia y memoria en los escritos de Walter Benjamin". *Revista Nómadas*. núm. 27. Madrid: Universidad Complutense.